

A N A L E S

de la

UNIVERSIDAD DE CHILE

AÑO XCIX

PRIMER TRIMESTRE DE 1941

N.º 41. 3.ª SERIE

HOMENAJE A RUBEN DARÍO

Rubén Darío y la Universidad de Chile.

Augusto d'Halmar

Rubén Darío y los americanos en París.

Alberto Ghirardo

En la tumba de Rubén Darío.

Julio Saavedra Molina

Rubén Darío y Sarah Bernhardt.

Eugenio Orrego Vicuña

El Alba de Oro.

Pedro Balmaceda Toro

Los «Abrojos» de Rubén Darío.

Rubén Darío

Antología Chilena. Selección, Estudio Preliminar y Notas de Eugenio Orrego Vicuña.

PRENSAS
DE LA
UNIVERSIDAD DE CHILE

1941

CARTAS DE PEDRO BALMACEDA A RUBEN DARÍO

I

PRIMERA CARTA

Santiago, Septiembre 1.º de 1887.

Mi querido Darío: (117)

Ayer había escrito una carta para tí; pero después de escrita se extravió.

¡Qué lindamente escéptica es tu última composición, *Invernal!* Muy superior a la anterior que me enviaste. Te doy por ella mis felicitaciones sinceras. Tú, en verdad, te inspiras con el invierno. Yo, sufro reumatismos, dolores al corazón—¡y no amo a mujer alguna!...

Un consejo, que espero seguirás con entusiasmo. Es un deseo de amigo. Puede traerte provechos de consideración. El señor Varela ha abierto un nuevo certamen para el mes de Septiembre.

1.º Doce composiciones subjetivas, por el estilo de las de Becquer.

2.º Un canto épico a las glorias de Chile.

Ya ves. Trabaja y obtendrás el premio—un premio en dinero—que es la gran poesía de los pobres.

Yo trabajo constantemente para el certamen de la Universidad.

Tema: Si la novela contemporánea podrá ser consultada por la historia. Puedo hacer un buen trabajo.

Te abraza tu amigo

PEDRO.

II

SEGUNDA CARTA

Santiago, Septiembre 17 de 1887

Mi querido Darío:

Junto con esta van las *Otoñales*. En una carta de invierno, la poesía de las hojas secas.

Sabrás que el plazo fijado para la admisión de composiciones en el Certamen Varela, espira el 1.º de Agosto. Ojalá corrigieses las que te envió y en época oportuna me las remitas todas; que los dos, Manuel y yo, nos encargaremos de llevarlas a la Universidad.

Parece que hay mucho entusiasmo para concurrir a los certámenes. Yo sigo adelante en mis trabajos aunque un poco lentamente, pues *La Epoca* me consume las mejores horas del día. Llega la noche y me siento sin ánimo para estudiar a Balzac, o hacer disertaciones sobre Dickens.

No es lo mismo soñar, que escribir lo que uno sueña.

Esa ventaja tienen los poetas.

La musa es un jardín.

¿Estás triste? ¡Pues señor, vamos a recoger flores! Y salen los versos, artísticas joyas y raros engastes, perfumes de Arabia y mantos de Persia, monstruos de la India y vasos del Japón.

En fin, tú creas... Yo traduzco lo que siento en mi alma.

¡Si supieses cómo tengo la cabeza!

Papá Gautier y tío Concourt no me dejan un instante. Es un pensar en la escuela realista, que según la tesis que sostendré, bajo el punto de la verdad, es la más exacta. ¡Pero el arte! ¡El arte, hijo mío, que nunca pisa el barro, ni pasea en las carretas de los verduleros, ni alienta en los cafés,

ese lo busco en los libros, en mis cuadros, en el humo de mi cigarro; en las gotas de oporto o de rubio jerez!

No comprendo de otro modo la borrachera. Después de una página de *Mademoiselle de Maupin*, el ajenjo; el ajenjo con Alfredo de Musset, con *Rolla y Mamouna*. Sabes que con esta filosofía llego a una conclusión: de que hay ciertos libros que no se pueden leer sin vino embriagador. Para Poe, el aguardiente. Para Musset, el ajenjo. Para Becquer, el Jerez de la Frontera. Para Heine... no encuentro un vino apropiado... (será el néctar de los dioses). Y para tí, yo desearía uno de esos vinos tristes, melancólicos, que ruedan lentamente por los bordes del cristal de Bohemia... poemas rojos, saturados de sangre hirviente y del perfume de las viñas.

Yo no bebo vino, y, sin embargo, mis artículos tienen un cierto olorillo...

Te abraza

PEDRO.

III

TERCERA CARTA

Lota.

¡En pleno parque de Lota! Por aquí se entra al cielo. Contemplo a un lado la nota verde, siento la melodía amplia y sonora de los grandes pinos y de los copudos alerces, el aire suave de los eucaliptus, el cabeceo majestuoso de las araucarias y el remolino pardo-oscuro de los robles. ¡Vamos! Si quisiera describirte la vegetación y la belleza que encierra esta suave colina, que de pronto cambia y se interna en el mar, agria y cortada a pico por un lado, como los cimientos de un viejo castillo; y, en otros, toma la figura de un *square* inglés, declinando lentamente hasta las cercanías de las riberas; más allá impenetrable y oscura por las ramas de los árboles; los helechos y las madre selvas que se abrazan a los troncos; aquí un kiosko edificado en la copa de un maitén, que se balancea en el aire y produce vértigos; cerca de mí una Venus griega, una palizada formada de rústicos y caprichosos ganchos de árboles, que encierra una mesa de madera y unos

bancos de greda; un puente colgante, que comunica dos colinas, deja ver en el vacío una elegante procesión de estatuas de bronce; una cascada que se despeña entre lianas y arbustos del cerro; una hamaca, colgada de dos encinas, columpia a los soñadores, desde una altura increíble, y cuando se inclina de un lado, se divisa el mar, y el hada de los precipicios viene a besar nuestras frentes; el corazón se oprime. Allá hay un sendero que lleva a un pabellón turco; enormes avestruces africanos, vicuñas y pájaros de la India, se pasean en sus jaulas de alambre, mientras la atmósfera libre de un inverdadero, hecho de cristales, lleva perfumes de mándragoras, jazmines, camelias y heliotropos. La laguna tiene cisnes y piraguas indígenas del Cabo de Hornos. Una fuente de porcelana de colores azulados, como los relieves de la Alhambra, anuncia la proximidad de un criadero de helechos; allí crecen, se estrechan, se ahogan, se confunden y se enamoran las hojas caprichosas que viven en las quebradas, los finos encajes verdes de las islas del Cabo de Buena Esperanza, la ramazón fuerte y vigorosa de los canales de Smith, la pelusilla tenue de las laderas de Escocia, los ramos esponjados de las riberas del Rhin y las enredaderas perezosas de nuestras cascadas... Si quisiera describirte todo esto, necesitaría ser pintor, haber palpado la Naturaleza, conocer los secretos y los horizontes azules del arte, haber luchado en la escultura con las formas abruptas de la roca, y los griegos modelados de los jarrones satíricos...

Yo tengo aquí entre las cejas todas las impresiones que he recibido, revueltas; me han tomado de sorpresa y estoy medio ciego.

Dejaremos que el arroyo se aclare, y entonces te vaciaré mis apuntes.

Vivo en un costado del parque, en la casa de la Administración. Da al mar, por el lado de los establecimientos de fundición, la fábrica de ladrillos, la bahía, los muelles y los vapores de chimeneas rojas. A un lado, los caprichos de una mujer; al otro, la pujanza y el trabajo emprendedor de un hombre. Aquí, el oro que brota; allá, el oro que se derrama y se gasta. Aquí, la vida; allá, la fortuna que se pierde.

Se está construyendo una nueva casa. Es un palacio-castillo, por el estilo del castillo de Chantilly. Costará 300.000 pesos. ¿Qué tal?

Los diarios me dicen que has lanzado la circular para el *Romancero*. Me alegro. Es una obra que tiene buen viento. Te abraza

PEDRO.

I V

CUARTA CARTA

Viña del Mar, Enero 22 de 1888.

Mi querido Rubén:

Aquí me tienes con nueva perspectiva azul, muy cerca del mar, pero muy lejos de Europa, nuestra Europa...

Esta vida de los viajantes es encantadora. Hacía mucho tiempo que no sorprendía un número mayor de asuntos de artículos, dibujos a la pluma; sobre todo ese ambiente espacioso de la campiña que satura los pulmones y hace revivir el espíritu amortiguado. Me siento feliz. Me siento tranquilo.

A las cinco y media en la estación.

Observé una novela.

Esos saludos de última hora, esos halagos, esos encargos repetidos en alta voz, entre carcajadas de bocas jóvenes, y la tos seca de un barbudo caballero.

Por aquí llega un carro cargado de bultos:—¡Cuidado! ¡Den lugar!—dicen los de los gorros lacres, y pasan, mientras el chirrido de las ruedas se confunde con los silbos agudos de una locomotora.

En los bancos, algunas señoritas vestidas de brin, altas, bien entalladas. Pasean de vez en cuando a lo largo de la ancha plataforma.

Aquí pasan sombreros raros; allá velos que flotan, maletas, canastos, y al pasar rápidamente, se divisan esos tipos trashumantes, perfilados con tinta china, como una caricatura de Gavarni, parientes todos del padre Goriot o del abuelo de Eugenia Grandet.

Te recuerdo que cuando desees rectificar y confrontar los retratos a la sepia del maestro Balzac, observes una estación de ferrocarriles

Por fin, el conductor palmoteó, dió un silbido, se oyó gran algazara entre los pasajeros que cerraban estrepitosamente las puertas, y después de soltar la locomotora de su gran capucha de bronce un piteo estridente, dejamos la estación.

Muy luego perdimos de vista las calles, que cruzaban rápidamente como las vistas de un kaleidoscopio, y penetramos en el campo abierto bañado por el sol, y extendido, sembrado de manchas verdes; los cerros encorvados, en posturas lascivas, ostentaban todas las sinuosidades de fuertes músculos de gigantes.

¡Atrás! ¡atrás! Todo pasa, todo queda en el camino, y sigue, y sigue el tren, como un poema de Campoamor, filosofando *a la minuta*, haciendo pensamientos rápidos y decepciones de un segundo.

Leía *Guerra y Paz*, de Tolstoy. Cerré el libro, pues la tarde se dormía y ya no había luz.

El campo tenía luces cenicientas: una verdadera acuarela hecha con pintura de crepúsculo.

Pronto, negro: negro como el de los grabados de Gustavo Doré en el *Infierno*; negro, bien negro, todo hecho de sombras.

Las montañas tienen siluetas de castillos almenados, de palacios que aguardan la magia del desencanto.

Más allá... mucho aire: aire impregnado de menta y de genciana; aire que hace reír de las enfermedades.

.....
 Mi abuela, en la puerta de la casa, nos recibe con los brazos abiertos. ¡Sin orgullo te digo que me quiere mucho!... Tú conoces nuestro nido: es aquel *chalet* con muchos árboles, muchos jazmines, muchos heliotropos de esos que enferman la cabeza. A la hora de acostarme, ráfagas de las flores llegaban a mi cuarto. ¡Pícaras! Eran las *flores difuntas* de los pasados amores... Yo sentía un mundo viejo; tenía entre mis manos un libro borrado por el tiempo y que mis ojos se entretenían en descifrar aspirando su soplo de pasión. ¡U! ¡Qué impresión tan triste, tan ridícula, dejan las mujeres cuando pierden el traje de la ilusión!

Las ninfas, sorprendidas por los sátiros, deben pasar al templo de las bacantes.

En este momento sólo siento el recuerdo de mi amiga R... y de mis compañeros: de tu amistad.

Tengo conmigo a Heine, Saint Víctor, Tolstoy, Goncourt y otros más. ¡Mira que corte! Ni Luis XV...

Tal vez te mande una correspondencia.

Salud.

PEDRO.